

“No usarás el nombre de la ciencia en vano”.

Manifiesto por la Universidad del siglo XXI.

Carta abierta a los jóvenes investigadores y a los investigadores no tan jóvenes

Javier del Rey Morató
Profesor del Departamento de Periodismo III
U.C.M.

*Lo que limita lo verdadero no es lo falso,
sino lo insignificante.*
René Thom

1. QUÉ ES Y QUÉ NO ES LA TEORÍA GENERAL DE LA INFORMACIÓN.

1.1. Rafael Puyol, ante la apertura del curso: “Un curso de esperanza”.

La víspera de la inauguración del curso académico 1997-1998, el profesor Rafael Puyol, rector de la Universidad Complutense, en un artículo titulado “Un curso de esperanza”, afirmaba que

es necesario incentivar la excelencia, agilizar la promoción y favorecer la movilidad para animar la competencia entre Universidades (EL MUNDO, 30-9-97).

El periódico que publicaba el artículo del rector informaba que el curso empezaba con cinco problemas: escasa financiación, desorden de los planes de estudio, endogamia en la carrera docente, descontrol universitario –producido por la fundación de 30 universidades desde 1991–, y una selectividad considerada injusta.

El rector se refería a varios de esos problemas, entre los que destacamos el que más nos interesa: *hacer un severo ajuste de los planes de estudio para reducir la carga docente y disminuir el fracaso escolar.*

Abundaban en los periódicos las críticas de los rectores al Ministerio de Educación, en un documento aprobado por la Conferencia de Rectores de las Universidades, y también podían leerse otros titulares que informaban a la sociedad de que en la Universidad española las cosas no van bien.

Como muestra elegimos los siguientes: “Paralizada la mejora del doctorado”, “Más de 20.000 profesores asociados, atascados en su carrera académica”, “El Consejo

javierey@euclmax.sim.ucm.es

de Universidades, condenado a la inoperancia", "Retoques a los planes de estudio" (EL PAIS, 30-9-97) y "Más de un millón y medio de universitarios afrontan un curso marcado por la crispación" (ABC, 30-9-9).

1.2. ¿Hacia un mayo del 68?

Estos y otros titulares, ¿suponen que estamos abocados a vivir un mayo del 68, treinta años después? Desgraciadamente, creemos que no. Y subrayamos lo de desgraciadamente, porque tal vez no nos vendría mal, como movimiento sísmico capaz de sacudir las conciencias de la comunidad universitaria.

En declaraciones que nuestro rector hacía al periódico ABC, se manifestaba abiertamente partidario de reformar los planes de estudio, y de introducir cambios en el reclutamiento del profesorado, para poder seleccionar a los mejores, lo cual nos parece una reacción lúcida.

Desde el despacho en que preparamos las clases, ante el nuevo curso académico, la pregunta que nos hacemos no es tanto ¿qué pasa en la Universidad?, o ¿por qué no arreglan de una vez por todas los problemas que aquejan a la Universidad? —preguntas confortables, que nos eximirían de toda responsabilidad en los problemas denunciados—, sino esta otra, incómoda, comprometedora y cargada de consecuencias: ¿qué puedo hacer para mejorar la Universidad?

Desde el lugar que uno ocupa, y desde las responsabilidades que le han sido asignadas, nos parece pertinente este repertorio de preguntas: ¿qué puedo hacer yo por el Departamento de Periodismo III? ¿Qué puedo hacer yo por la Facultad de CCII? ¿Qué puedo hacer yo por la Universidad Complutense?

Como las responsabilidades que nos han sido asignadas guardan relación con grupos de *Teoría General de la Información* y de *Comunicación Política*, a explicar nuestra actuación y nuestro criterio dedicamos este artículo.

Y antes de seguir, nos parece que urge denunciar un malentendido: se suele decir que la culpa del deterioro de la Universidad la tiene la masificación.

Pues bien, la susodicha masificación, con ser un problema, no es "el problema", y no es, por sí sola, responsable de nada, pues nadie impide al profesor dar buenas clases en aulas con más de 100 estudiantes, como nadie consigue que algunos profesores den buenas clases en aulas con 40 estudiantes: el problema es la ética, el problema es la vocación, el problema es la pasión por la docencia y por la investigación.

Y cuando eso brilla por su ausencia, o es gravemente deficitario, es como si nos faltara todo, porque ni hay creatividad, ni hay calidad de enseñanza ni hay Universidad.

Y si lo que pretendemos en este número de la revista es analizar *el estado de la cuestión*, difícilmente podemos llegar a conclusiones eficaces esquivando nuestras res-

ponsabilidades: hemos preferido exponer, no lo que haríamos, sino lo que hemos hecho, lo que hacemos, lo que seguiremos haciendo, para lo cual la masificación, más que un obstáculo es un desafío.

1.3. Declaración de intenciones.

Conviene que las primeras líneas de un artículo –como las primeras imágenes de una película– pongan sobre aviso al lector, le anticipen algo de lo que encontrará en estas páginas, y lo que seguramente no encontrará, porque no se lo ha planteado el autor.

Siguiendo con el símil cinematográfico, diremos que no se trata de una película del Oeste –aquí no matamos a nadie–, ni se trata de una película de amantes –aunque algo de amor por la ciencia hay que sentir para leer estas líneas.

Y aunque tampoco va la cosa de detectives, en algo recuerda la trama de las películas de detectives, porque el que escribe estas líneas muchas veces se ha visto a sí mismo como un Humphrey Bogart con libros y ordenador bajo el brazo, buscando pistas en un oscuro y lóbrego callejón, con la esperanza de que le llevaran a una amplia avenida, con luces, escaparates, y señales que conjuraran con eficacia el riesgo de naufragar en el oscuro callejón.

Anticipamos que, aunque no hemos encontrado ningún cadáver –no era eso lo que buscábamos–, sí hemos topado con muchas teorías que duermen el sueño eterno en alguna biblioteca, y recuerdan la imagen de un cadáver: fueron, dijeron algo a propósito de algo, luego hicieron mutis por el foro, y ya nadie las recuerda, o las recuerda como un preférito que nada tiene que decir sobre el presente.

El ámbito en el que surgen y desaparecen esas figuras que son las teorías, hipótesis, escuelas, investigaciones, o intuiciones no contrastadas sobre la comunicación social –eso que llamamos *Teoría General de la Información*–, es o no es una ciencia, y, si no lo es, debe ser alguna otra cosa.

De eso queremos hablar en las páginas que siguen: qué es la *Teoría General de la Información* (TGI) y qué es la *Comunicación Política* (CP).

Y lo primero que queremos dejar claro es que urge no usar el nombre de la ciencia en vano, como recurso al que se le pide legitimar casi cualquier escrito, para que pueda circular por la ciudad de los científicos sin que nadie cuestione su indudable científicidad.

Urge hablar menos de ciencia e investigar más, sin que el investigador se sienta obligado a asegurar a propios y extraños que lo que dice es científico, y que su disciplina, es, sin duda alguna, una ciencia, como recurso para conseguir más autoridad, más prestigio y una especie de *contrato blindado* que le ponga a salvo de la crítica de sus propuestas.

Resumiendo lo anterior: no demos por supuesto lo que se anuncia como algo indiscutible, porque lo probable –y la historia de la ciencia, y del pensamiento en general, nos proporcionan abundantes pruebas de ello– es que lo que es indiscutible hoy también lo sea mañana, pero no por tratarse de un enunciado afortunado, sino por una razón más humillante: dejó de ser discutido, porque el enunciado de marras fue derrotado, y ya nadie pierde el tiempo en asuntos que han caducado.

Entre los investigadores no existe un *blindaje* que ponga al sujeto a salvo de la crítica, sobre todo porque es precisamente la crítica la que nos salva de la estulticia de los textos y de las investigaciones insignificantes.

¿Habría que recordar que –como dice Thom–, lo que limita lo verdadero no es lo falso, sino lo insignificante?

Siendo así, denunciar lo insignificante no es precisamente una tarea menor o insignificante.

Un manifiesto por el futuro de la Universidad, por esa Universidad del siglo XXI cuya calidad o cuyo deterioro está en nuestras manos, no puede soslayar esa responsabilidad, y esa denuncia siempre contará con nuestro apoyo.

Pero antes de entrar en asuntos mayores, acaso convenga decir que cuando el autor escribe en el tono en que lo hace sabe que no siempre ha conseguido sustraerse a los errores que critica.

1.4. ¿Una ciencia, o un cajón de sastre?

El estudiante –o el profesor– que ha leído uno, dos, tres o más libros de TGI no encuentra modo de conjurar una duda que le asalta a partir de las primeras páginas, duda que puede formularse en los siguientes términos: esto que leo, ¿es una ciencia?

Recordemos las palabras de Valbuena:

Quien cultiva una ciencia puede irradiar entusiasmo y convencer a mucha gente de la importancia de esa ciencia. Desde luego, el entusiasmo es decisivo para sostener un esfuerzo durante años y para formar grupos interesados en difundir los hallazgos. Sin embargo, un estudioso no puede fundamentar la ciencia que cultiva desde su ciencia misma. Si así fuera, correríamos el riesgo de que proliferasen pseudociencias. ¿Qué se necesitaría, entonces, sino hábiles propagandistas? Por eso, no cabe otro camino sino acudir a quienes pueden decirnos si algo es científico o no, a quienes se dedican a pensar sobre la ciencia en general.

(VALBUENA DE LA FUENTE, 1997)

Y a la pregunta de si esto es una ciencia, a la vista de la prolífica y variopinta bibliografía disponible, probablemente varias son las respuestas posibles:

- ¿tal vez un conjunto de enunciados prescriptivos?;
- ¿acaso una colección de enunciados descriptivos?;
- ¿una serie de enunciados demostrativos?;
- ¿puede que una familia de enunciados argumentativos?;
- ¿un despliegue de enunciados legislativos?;
- ¿una propuesta basada en enunciados derogatorios sobre la sociedad del ocio, sobre la cultura de la televisión u otro aspecto parcial de la comunicación social?;
- ¿o, por el contrario, un grupo de enunciados encomiásticos sobre la información al servicio de la democracia?;
- ¿una tribu de enunciados anecdóticos sobre éste o aquél aspecto de la profesión periodística, no exentos de cierto interés?;
- ¿una propuesta cultural, vertebrada en una serie de enunciados humanísticos sobre la sociedad de la opulencia comunicacional?;
- ¿una encrucijada de nuevos saberes, poco propensos a admitir que alguien dude de su estatuto científico?;
- ¿un repertorio de enunciados monocausalistas, del tipo "el efecto de los medios en relación con 'X' es 'Y'", sin considerar que, tras un efecto, suele haber más de una causa, y que el monocausalismo es mal consejero y peor guía?;
- desarrollando el argumento anterior, ¿una confusión entre contigüidad y causalidad, o entre coexistencia y asignación de una dirección de causalidad entre A y B, en la que, si dos elementos relevantes aparecen juntos con sospechosa frecuencia –si en "n" casos vemos que "A" y "N" irrumpen en el mismo escenario, resulta que siempre que "A" sucede "B"–, se toma a uno de ellos como causa autosuficiente y necesaria, capaz de desencadenar determinado efecto?;
- ¿un reduccionismo conceptual, o una manía de coleccionistas de categorías, no siempre capaces de restituir a la realidad la complejidad que, inevitablemente, se le ha restado en la composición de la categoría?;
- ¿unos textos sin base empírica, o con base empírica insuficiente–, excesivamente condicionados por la ideología, que –al estilo de la Escuela de Franckfort–, durante medio siglo consideró que todo era malo en el Occidente, y todo era absolutamente correcto en el ámbito político de la antigua URSS?;
- ¿o una investigación dictada por necesidades cortoplacistas, en las que importa menos el hallazgo científico que el trofeo que espera el pagador?;
- ¿un poco de sentido común envuelto en el prestigioso ropaje de un lenguaje hermético, o, cuando menos, culto, detrás del cual se adivina esa cosa incómoda, improbable –pero no imposible– que es "la nada"?;
- ¿una vocación de glosadores que escriben sobre lo que otros escriben sobre los medios de comunicación social?;
- ¿un esfuerzo intelectual, sin duda meritorio, tras el cual se adivina un campo fenomenológico hipolegislado, que opone feroz resistencia a la pretensión de encorsetarlo y amarrarlo en un repertorio de enunciados cerrados, terminales, definitivos?;

En definitiva, nos urge --y urge al estudiante--, diferenciar los enunciados más afortunados de la TGI, de lo que Valbuena llama las explicaciones míticas sobre el periodismo, o el periodismo como profesión, y las teorías insuficientemente fundadas sobre muchos aspectos del campo fenomenológico estudiado por nuestra disciplina.

Y se nos ocurre que cualquiera de las respuestas a la pregunta inicial es válida, con una condición: de que se acepten como categorías que afectan a la parte, no al todo.

Porque el todo es complejo, y no acepta sin violencia su incorporación a una sola de las categorías en solitario.

Y esto por una razón: cualquiera de las respuestas que planteamos describe algunas de las actitudes, enunciados, propuestas, artículos, libros, escuelas, doctrinas y autores de la TGI.

Pero empecemos por decir algo que desde luego nuestra disciplina no es: la TGI no es el marketing --otra cosa es que los aspectos filosóficos de su actuación en la comunicación merezcan ser contemplados, como argumentaremos más adelante--, la TGI no es la "educación", la TGI no es una descripción de la profesión periodística, la TGI no es la aburrida cantinela de emisor, receptor, mensaje, medio y efectos.

La TGI tampoco es lo que un anecdótico aficionado pueda perpetrar en una memoria de oposiciones, que igual sirve para un roto que para un descosido, y lo mismo para esa oposición que para cualquier otra, de cualquiera otra disciplina, eso sí, cambiando aquí este título o incorporando allí aquel libro, porque su autor forma parte del tribunal, no sea que se vaya a ofender, y que, víctima de la ira o el ninguneo inmerecido, nos niegue el favor de su voto.

Y, sobre todo, la TGI no es una disciplina estática, siempre igual a sí misma, en la que un conjunto de loros amaestrados repite acriticamente enunciados terminales, indiscutibles e incuestionables, acuñados de una vez y para siempre.

Dejamos aquí al sastre con su cajón --en el que seguramente hay un orden que el cliente no percibe--, y vamos a lo nuestro, donde un nuevo curso académico, una nueva etapa en la dirección del Departamento, el 25º aniversario de la Fundación de las Facultades de CCII, y la proximidad del cambio de siglo, crean un escenario propicio para una revisión en profundidad de nuestra actividad académica.

1.5. A cada cosa el nombre que le corresponde

Porque lo que no parece decente --no lo es en absoluto--, es que vendamos a los estudiantes mercadería averiada, y sí que asignemos a cada grupo de enunciados el estatuto que en justicia le corresponde, lo cual nos lleva a vigilar nuestra exposición. Como hacen las grandes almacenes ante una prenda que no está en condiciones --la retiran del escaparate o la venden en el anaquel que le corresponde, por ejemplo

“rebajas de prendas en mal estado”–, no es justo exponer en clase un producto intelectual con un rótulo –esto es “ciencia”–, que acaso no le corresponde.

Urge *no usar el nombre de la ciencia en vano*, y explicar a los estudiantes de qué se trata –algo así como *de qué hablamos cuando hablamos de lo que estamos hablando*–, y anunciarles si están ante un enunciado científico, un enunciado ideológico, un enunciado descriptivo, un enunciado prescriptivo, un enunciado humanista, un enunciado encomiástico, un enunciado derogatorio, una hipótesis metafísica, una teoría no contrastada –o insuficientemente contrastada–, una doctrina, una escuela, una reflexión –no exenta de cierto interés–, un exabrupto o alguna otra especie no contemplada en la taxonomía planteada en este párrafo.

Naturalmente, en clase no hacemos referencia a enunciados del tipo *sentido común travestido de alguna otra cosa*, ni a esa categoría de *libros perfectamente prescindibles*, porque no reparamos en ellos.

Y si se nos escapa alguna referencia a esos libros es para anunciar que están ahí, que existen, y que, como acontece con las minas antipersonales, hay que defenderse de sus destrozos, caminando en estado de alerta, tal vez dando un rodeo para esquivar el obstáculo, no sea que nos hagan algún daño: la pérdida de tiempo que supone una lectura prescindible siempre es un daño irreparable.

En fin, que es tarea bien distinta expresar qué es lo que uno desearía que fuese la TGI, y decir qué es y cómo es la realidad de la TGI.

1.6. La fábula del médico y el riñón

Y no podemos ocultar una cierta decepción, porque gran parte de la investigación es menos una pesquisa sobre el campo fenomenológico que se anuncia que una pesquisa sobre libros, autores, corrientes y escuelas que tienen algo en común: dicen algo –investigado o especulado– a propósito de ese campo fenomenológico.

En efecto, en la TGI se ha creado un escenario curioso: muchos autores han cambiado el campo fenomenológico de la comunicación social por el campo bibliográfico sobre la comunicación social, tomando éste por aquél, y prescindiendo del primero.

Con ello se han convertido en traductores y comentaristas de una pesquisa realizada invariablemente en el extranjero, y casi siempre en los Estados Unidos.

No sobran las investigaciones sobre la comunicación, y abundan –con generosidad pasmosa, inagotable, desorbitada– las publicaciones sobre publicaciones que dicen algo sobre la comunicación.

El asunto no es baladí, y se nos ocurre explicar sus consecuencias con *la fábula del doctor y el riñón*, que dice así:

Era un médico cirujano que quiso saberlo todo del riñón y sus enfermedades, y acumuló toda la bibliografía existente sobre la cuestión que tanto le interesaba. Escribió a todas las librerías importantes del mundo, visitó universidades, arrasó bibliotecas, se suscribió a todas las revistas especializadas, y consiguió ser reconocido como el médico que más documentación tenía sobre el riñón y sus patologías. No cabiéndole en su casa el material conseguido, lo trasladó a su clínica privada, y ni siquiera el quirófano se salvó de la inundación de papel entintado. Cuando supo que lo sabía todo, y su ciencia fue reconocida por todos sus colegas, sonó el teléfono en su casa a las tres de la madrugada: tenía que operar urgentemente a vida o muerte. Entonces se dio cuenta de que nunca había visto un riñón en su vida.

Dejemos ahora al médico, su probable mareo ante el desconocido riñón de sus desvelos, la imposible operación, agradezcámosle a la fábula los servicios prestados, y volvamos a lo que nos preocupa y nos ocupa, no sin antes imaginarnos un desenlace divertido, que no por improbable deja de ser creativo, y que también tiene su moraleja: consciente de su ignorancia, el doctor se inspiró, recordó otra asignatura de sus estudios, optó por hacerle la cirugía estética, y le plantó la mejor nariz del país y parte del extranjero.

Hasta aquí la fábula y su enseñanza. Es posible encontrarse con teóricos que teorizan sobre lo que otros han teorizado, y acaso nunca han hecho una investigación sobre los medios, porque estaban ocupados en investigar lo que otros habían investigado sobre los medios.

En otro lugar hemos escrito que

no es infrecuente que el lector se asome a un libro pensando que habla de cosas que están fuera de los libros y encuentre algo distinto. (DEL REY MORATO, 1997)

Y es verdad: muchos libros protagonizan una sorda y ciega conversación entre ellos, ignorando olímpicamente un campo fenomenológico escasamente visitado por sus autores.

Como dice Eco:

a menudo los libros hablan de libros, o sea que es casi como si hablasen entre sí (ECO, 1985),

lo cual es totalmente cierto.

Y eso nos recuerda la crítica contenida en una viñeta de "El Roto", en la que un estudiante se dirige a la maestra con estas palabras:

deje de enseñarnos lo que le enseñaron y enséñenos lo que usted averiguó (EL PAIS, 11-9-97).

Sin duda la viñeta se refiere a la enseñanza preuniversitaria, pero nos parece que viene como anillo al dedo, pues algo de eso pasa también en la Universidad.

Por lo demás, llegados a este punto, no podemos demorar más la cuestión fundamental, a partir de la cual podremos afrontar otras cuestiones: ¿qué es la TGI?

Mejor que acuñar soluciones mágicas a problemas complejos, y enunciados impresionantes sobre un asunto que admite más de una aproximación, diremos que la TGI es todo eso, y que, en sus mejores momentos, en sus manifestaciones más afortunadas, consigue superar ese variopinto repertorio que reseñábamos antes, para ser algo más.

Y nos urge decir que la TGI, impulsada sin duda por las investigaciones norteamericanas, se desarrolló en nuestro país en forma notable –al menos cuantitativamente notable: ahí están los títulos que se publicaron desde la fundación de las Facultades de CCII, en 1972–, pero no siempre consiguió ser mucho más que *un producto colonial*: por momentos daba la impresión de que si los norteamericanos dejaban de pensar, y dejaban de publicar, en nuestro país peligraba la cosecha anual de libros, y las Facultades de CCII podían verse convertidas en grandes discotecas o en alojamientos turísticos para la tercera edad.

Muchas veces daba la impresión de que modelo y categorías servían para organizar ese cajón de sastre, proporcionando orden –o un *ersatz* de orden–, a un material complejo, interdisciplinar, y acaso algo más que eso.

Dije el problema, y diré su solución: explicar en este artículo, hasta donde me sea posible –esquivando a todas horas la guillotina del secretario de la revista– una opción intelectual ambiciosa, que, como un faro en la niebla, pretende alumbrar una ruta que otros navíos pueden seguir.

Abundando en metáfora marítima, que en nuestra imaginación no puede ser sino coruñesa: no es poca ambición anunciar a tiempo los bancos de arena y las rocas que el capitán tendrá que sortear si no quiere que su barco termine como el petrolero “Mar Egeo”, que cerró abruptamente la última de sus singladuras en la costa rocosa, al pie de la Torre de Hércules.

1.7. La fundación de la TGI.

El profesor Benito, fundador de la TGI en la universidad española, escribió que

el objeto propio de estudio (de la TGI) es el proceso de la comunicación social, entendido en sus relaciones dinámicas, en el análisis de sus diferentes elementos y en la consideración también del contexto social y humano en el que se realiza todo el proceso público de la comunicación. (BENITO 1974)

Benito entendió que

la TGI lleva "in nuce" en sus contenidos todos los aspectos concretos fundamentales que serán tratados luego en las diferentes materias monográficas (BENITO 1973).

Y la consecuencia de ese enunciado fue que estimuló a los profesores –nos referimos a los *profesores comprometidos en la investigación*–, a plantearse sus estudios desde una perspectiva abierta e integradora de la disciplina que cultivaban.

Esa clase de profesores no ha esperado la revisión de patéticos y disparatados planes de estudio, sustituidos o corregidos por otros que compiten con aquellos en patetismo y disparate –categorías ambas que urge conjurar–, sino que han empezado por cambiar sus propios planes de estudio, en programas que se renuevan parcialmente todos los años, recogiendo en ellos la reflexión y la investigación que se ha realizado a lo largo del curso académico.

Por otra parte, y volviendo a la definición benitiana, desde ese entendimiento abierto de la disciplina, Benito impulsó la creación de un ámbito interdisciplinario de investigación y de docencia: es el Departamento de Periodismo III.

En ese ámbito de investigación y de docencia se han desarrollado nuevas disciplinas, a expensas de la TGI, en una suerte de *parricidio* disciplinar, parecido al que conoció la filosofía, de la que se han desprendido numerosas ramas del saber, liberando a la filosofía del lastre de tener que ocuparse de asuntos en los que los físicos, por ejemplo, tenían cosas más apropiadas que decir que los filósofos.

Pero ese enunciado supuso un tercer impulso, ante el cual los profesores de TGI no podíamos quedar indiferentes: ese impulso fue la creación de nuevas disciplinas, tanto en nuestro Departamento como en muchos otros, cuyas consecuencias haríamos mal en no calibrar.

Por ejemplo, Benito desarrollaba, entre otros supuestos, el Derecho Mundial a la Información, referencia interesante, tanto en los tiempos fundacionales como en éstos, pero ya hay una disciplina que estudia el elemento normativo, jurídico, constitucional, de ese derecho.

Lo que decimos pone de manifiesto la riqueza heurística y las consecuencias académicas de las propuestas benitianas, pero también el efecto que aquella riqueza y estas consecuencias tienen para la TGI de finales de siglo, que, si quiere seguir marcando pautas y abriendo caminos, no puede esquivar éste y otros desafíos.

1.8. La gran empresa hermenéutica de la TGI.

Han pasado muchos años desde los enunciados fundacionales de Benito, y ya es hora de hacer balance y de pedir responsabilidades a la TGI por lo que hizo y por lo que dejó de hacer.

Si la gran empresa hermenéutica a la que se dedica la ciencia es la elaboración de una imagen inteligible del mundo, la TGI –ciencia o no ciencia– se plantea también una empresa hermenéutica, que, a nuestro modo de ver, es la que sigue: conseguir una imagen inteligible de un campo fenomenológico variopinto y complejo.

Ese campo fenomenológico es el de la comunicación social, y admite múltiples aproximaciones –unidisciplinares, bidisciplinares o multidisciplinares–, y, sobre todo, necesita dos impulsos distintos: el del especialista y el del generalista.

El primero investiga en un determinado subcampo del campo fenomenológico, en tanto que el generalista es el hombre que da una visión de conjunto de los problemas, de las hipótesis, de las teorías, de los autores y de las escuelas que han investigado en los distintos subcampos.

El primero es el minimalista, el segundo es el hombre de las grandes síntesis. Uno y otro tienen su lugar en la TGI, porque se auxilian mutuamente, y ni el primero ni el segundo pueden realizar bien su trabajo sin una mutua consulta, o, cuando menos, sin estar mínimamente enterados de lo que hace el otro.

Uno y otro tienen en común el estudio de un campo fenomenológico que, por sus propias características –se trata de un campo fenomenológico hipolegislado– no admite una aproximación unidisciplinar, y tampoco entrega su trofeo a las distintas visiones bidisciplinares ni tampoco a las interdisciplinares.

Pero nos queda por decir lo más importante:

la gran empresa hermenéutica a la que se consagra la TGI es la elaboración de una imagen inteligible del campo fenomenológico de la información de actualidad política.

Porque ya es hora de decirlo: Benito dijo algo sobre la TGI, pero no lo dijo todo, tal vez porque le pareció que quedaba implícito en su propuesta, que era un conjunto de *enunciados orientativos* –es decir, no exhaustivos–, como es propio de toda iniciativa fundacional: se impulsa algo nuevo, que no existía antes del esfuerzo intelectual que lo crea, y no se acuan enunciados cerrados, terminales, sino abiertos, ricos heurísticamente y solamente orientativos.

Y nosotros pensamos que de sus enunciados podía seguirse lo que nosotros hemos alcanzado, en propuestas novedosas, que reconocen el punto de partida, encuentran en él legitimidad y recursos intelectuales para seguir adelante, pero no repiten lo que ya es un patrimonio compartido de la comunidad de investigadores, porque sería una impostura difícil de justificar académicamente.

1.9. El estatuto epistemológico de la TGI

Nuestro punto de vista es que conviene estar en estado de alerta ante las insuficiencias de una epistemología fragmentaria –la *epistemología de las disciplinas*–,

y que es imprescindible adoptar una actitud audaz, capaz de generar nuevos enunciados y de enseñar nuevos problemas, o nuevas perspectivas de análisis para antiguos problemas.

La epistemología que conviene al campo fenomenológico de la comunicación social es la *epistemología de la complejidad*, menos preocupada por la autonomía científica de la disciplina que por los problemas y la audacia a la hora de diseñar caminos imaginativos para definirlos y para estudiarlos.

Y esa epistemología sólo puede impulsarse desde una consideración novedosa de la disciplina, y de un nuevo estatuto epistemológico: ese estatuto epistemológico es el de *interciencia*.

Y aquí no tenemos espacio para otra cosa que enunciarlo, no sin formular una promesa que no quedará incumplida: un informe de más de setecientas páginas, escrito durante más de diez años, en el que fundamentamos la disciplina y ofrecemos nuevas líneas de investigación, la formulación de nuevos problemas –o nuevas maneras de definir antiguos problemas–, y una perspectiva auténticamente *intercientífica* de abordar el apasionante e inagotable campo fenomenológico de la comunicación social.

1.10. El mito de la autonomía de las ciencias

Y para que no quede ninguna duda del alcance de lo que decimos, añadimos tres cosas:

- la primera, que la autonomía de la TGI es una ilusión, y otro tanto de lo mismo cabe decir de las ciencias sociales en general;
- la segunda, que si esa autonomía fuese posible –no lo es– en absoluto– es indeseable;
- la tercera, que si ese es el objetivo que se plantea hoy un investigador, el mejor consejo que podemos darle es que rectifique a tiempo o que abandone la investigación.

Y lo decimos sin acritud –por utilizar una expresión que hizo famosa un político, o los humoristas que medraron a expensas de él–, pero con el convencimiento de que la capacidad heurística del investigador –o de una comunidad de investigadores– se incrementa en forma directamente proporcional al número y a la calidad de lecturas transversales que sea capaz de hacer.

Y eso no es todo: ese impulso heurístico aumenta con la habilidad para cruzar estas lecturas, dándose a sí mismo la oportunidad de acceder a nuevas perspectivas y nuevas hipótesis que puedan sorprender al supuesto de estudio por un flanco inesperado.

La búsqueda de la autonomía no pasa de ser un lamentable empobrecimiento, con el agravante de que es un empobrecimiento consentido por el investigador, pero padecido por el estudiante.

Otra cosa es que el camino para tomar distancias de la susodicha autonomía no sea el adecuado –y la crítica no se haría por la pérdida de una autonomía tan incierta como improbable, sino por el desvarío innecesario–, pero eso es ya responsabilidad individual del que no sepa administrarse ante la complejidad del campo fenomenológico, y, ante las exigencias que este campo plantea, emprenda un camino tortuoso o innecesario.

Y esto es fácil de saber: basta con espetarle, oiga, ¿y por qué no nos cuenta usted hasta dónde llegó en su viaje, y qué paisaje de excepcional o rara belleza se contempla desde allí, que justifique tantos kilómetros y tanto equipaje?

La supuesta autonomía de la TGI no sólo es un asunto del que se pueda opinar desde la TGI, sino, sobre todo, desde su exterior, porque es un asunto particular que nos remite a un asunto de mayor envergadura, a saber: la supuesta autonomía de otros saberes.

Porque, ¿qué es la Sociometría, y qué autonomía tiene? Pensamos que Moreno ni la reivindicaba ni la buscaba ni lamentaba la supuesta pérdida que había que llorar por los pasillos de la Facultad, sino que festejaba el cruce de lecturas que le dio acceso a una nueva perspectiva de análisis, mediante una contaminación aceptada, buscada, consentida, entre la Sociología y la Química.

¿Qué es la Sociología, qué autonomía tiene, y qué haría hoy sin la Estadística? ¿Y la biología molecular? ¿Y qué harían todas las ciencias implicadas en ofrecernos una nueva imagen el hombre y del universo, si se empeñaran en no contaminarse con los hallazgos de la Física del siglo XX?

Ni siquiera la Metafísica puede darse el lujo –suponiendo que lo sea– de reivindicar una autonomía respecto de la Física, sobre todo cuando ésta, sorprendiendo al propio Aristóteles, se asoma a la Metafísica, con una imagen del mundo que supera las ficciones de Borges.

1.11. Entre los improbables leones y el tigre vocativo

Nos parece suficiente lo dicho hasta aquí para fundamentar nuestra alternativa, y aunque podríamos apuntalarla con numerosos recursos, no es el momento ni el lugar para hacerlo.

Pero la tarea no quedará sin hacer, promesa que el lector podrá recordarnos, sin la menor posibilidad de que su demanda quede defraudada.

Mientras tanto, avanzamos una certidumbre: si a un epistemólogo se le dijera que muchas de las disciplinas que se cobijan bajo el manto protector del generoso rótulo *Ciencias de la Información* –que da nombre a un edificio y parece asegurar a propios y extraños la absoluta cientificidad de todo cuanto allí se dice–, son, efectivamente, ciencias... tendría un ataque de risa.

En definitiva, y si se nos permite el recurso al humor, recordaremos el chiste en el que el protagonista que vuelve de un safari en Africa cuenta que se encontró en medio de la selva ante cuarenta leones. Ante la incredulidad del público concedió que eran por lo menos treinta y uno. La ineficacia de su relato le obligó a ser más comedido, y dejó los leones en 23. Ante el rostro impertérrito de su auditorio, optó por restar leones varias veces, hasta que quedó una indudable pero dudosa pareja de leones agazapados detrás de un árbol.

Pero nada. Y al final confesó:

- Bueno, leones, leones, no sé si había, pero había un olor a león...!

Algo parecido acontece en la TGI: ciencia no se sabe muy bien si hay mucha, pero en la frondosa vegetación bibliográfica hay un olor a ciencia...!

¿Qué tiene que ver el olor a león con el olor a ciencia, y éste con el mitológico tigre de Borges? Probablemente nada –o tal vez mucho–, pero cuando *la penumbra exalta la vasta biblioteca laboriosa, y parece alejar los anaqueles*, el solícito tigre de un poema acude a mi memoria.

Le abro la puerta, claro, por si me puede servir de ayuda, y el tigre vocativo salta sobre la página en que escribo:

*Es un tigre de símbolos y sombras,
Una serie de tropos literarios,
Y de memorias de la enciclopedia
Y no el tigre fatal, la aciaga joya
Que, bajo el sol o la diversa luna,
Va cumpliendo en Sumatra o en Bengala
Su rutina de amor, de ocio y de muerte.
Al tigre de los símbolos he opuesto
el verdadero, el de caliente sangre,
Él que diezma la tribu de los búfalos
(BORGES 1975)*

Sí, el tigre de caliente sangre, el que diezma la tribu de los búfalos en Sumatra o en Bengala, es distinto al tigre de papel, como los leones al olor a león, como el enunciado "esto es una ciencia" –el papel lo resiste todo, el enunciado, la fiebre de leones y el tigre del argentino–, al mero hacer ciencia, sin sentir en ningún momento la necesidad de mentar la palabra "ciencia" en ninguna de las páginas de la pesquisa.

Y como en metáfora de zoológico estamos, ante una exagerada tendencia de sociólogos, politólogos, entomólogos y otros "ólogos" a conceder a diestra y siniestra generosos estatutos de ciencia y patente de corso para publicar todo tipo de *escritos científicos*, sólo se nos ocurre añadir, *menos lobos, caperucita*.

1.12. La responsabilidad de ser cofundador de la TGI

Conscientes de nuestra responsabilidad como cofundadores de la disciplina –¿acaso no es ese el estatuto que corresponde a los que heredan al fundador de una disciplina o de una institución, y participan en primera línea en la consolidación de esa iniciativa?–, estampamos aquí nuestro pensamiento para que no quede la menor duda de *la gran empresa hermenéutica que ha hecho suya la TGI*, ya desde las primeras épocas de Benito.

Nosotros hemos impulsado esa gran empresa hermenéutica a lo largo de toda nuestra carrera, y en las siguientes líneas lo exponemos en forma sistemática, metódica, escalonada, para conjurar todo riesgo de malentendidos:

- el desarrollo de la TGI sólo se entiende desde *una concepción de la información al servicio de la democracia*, lo cual supone que tiene mucho que decir allí donde prospera la democracia y también allí donde ésta ha sucumbido ante la milicia;
- el análisis de ese supuesto de estudio acusa *la influencia y la presencia de los enunciados aristotélicos sobre el discurso político*;
- ese precedente aristotélico nos permite analizar la información de actualidad en la democracia desde las categorías del griego, que son prácticamente las mismas que las de la TGI, con el añadido de dos elementos: el medio y los efectos;
- *el núcleo de la TGI es la información de actualidad*, y, sobre todo, *la información de actualidad política*;
- en el análisis de esa *información de actualidad política* importa conocer sin equívocos los tres elementos siguientes:
 - *la información de actualidad, en relación con la democracia*;
 - *los valores en la actualidad* y
 - *el estatuto de los mensajes de la información de actualidad*;
- el supuesto de estudio es entonces *la información de actualidad política*, y en ella aparecen implicados, entre otros, los siguientes actores, institucionales e individuales: medios, periodistas, políticos, partidos políticos, Administración, gobiernos y sociedad;
- el análisis de *la información de actualidad política* nos puede deparar agradables sorpresas, como es la de actuar sobre una hipótesis no exenta de cierta originalidad, y cargada de consecuencias heurísticas: *conforme se debilita la categoría medieval –predemocrática–, de la representación, se refuerza la categoría mediática de la comunicación*, como relevo, complemento y alternativa a un universo en el que la primera está en crisis, y no se adivina en el horizonte una idea más eficaz que potenciar la comunicación política;
- esa línea de investigación nos puede deparar algún otro trofeo, como el que exponemos en las líneas siguientes, con economía de recursos, pues el secretario de la revista me agradecerá que esgrima *la navaja de Occam*:

muchas veces pasa como comunicación política entre elites y demos lo que no es en realidad más que comunicación política entre las élites;

- el supuesto de estudio a que da lugar la reflexión anterior forma parte del *núcleo de la disciplina*, siempre susceptible de exigir nuevos estudios, y de crecer a expensas de otros asuntos de la disciplina, escenario que puede tener consecuencias académicas, y al que nos referiremos en la segunda parte del artículo;
- en el intento de conseguir inteligibilidad para un campo fenomenológico complejo como el que estudiamos, es legítimo abordar aquellas actividades de comunicación que influyen de una manera u otra en la actualidad: entra dentro de ese apartado un estudio sobre las consecuencias filosóficas del *marketing político* –en qué se convierte la verdad, lo bueno, lo aconsejable, y, en general, todo el mundo de los valores en la comunicación social–, pero no el marketing en sí mismo, que corresponde a otra disciplina.

Y cuando un profesor, protagonista o víctima de su inagotable curiosidad intelectual, nota que sus hallazgos desbordan en forma notable los límites de la disciplina y el calendario en el que le es posible exponerlos, es legítimo que intente fundar una nueva disciplina, siempre y cuando:

- el supuesto de estudio lo justifique;
- esté en condiciones de proporcionar un libro –sea de texto o de consulta– para que los estudiantes sepan a qué atenerse, de qué va la disciplina, y si interesa o no matricularse en ella;
- sus hallazgos merezcan ese reconocimiento;

Sobre el *primer elemento* al que hacíamos referencia –la *información de actualidad*–, ha reflexionado suficientemente Benito, y no es el caso de abundar en ello, ni repetir lo que uno no haría mejor.

Es bien conocida la anécdota que circula sobre dos filósofos españoles: entra un filósofo en el seminario que está dictando Xabier Zubiri, y éste pide al que acaba de entrar que abandone el aula, porque, para escribir sus libros, él se basta, y, además, lo hace mejor que el otro.

Cierta o no, la *anécdota* ilustra nuestra actitud, y proponemos convertirla en *categoría*: repetir lo que dijo otro profesor –al que no mejoraríamos con nuestros enunciados, que parecerían fotocopias defectuosas–, es impropio de un profesor que investiga todos los años, y nos llevaría a devolver al Ministerio el salario de los últimos veinticinco años, por considerar que no lo merecíamos.

Por otra parte, si la física actual no puede repetir los enunciados de la física de la época de Aristóteles o de la época de Newton –¿cómo ignorar los cataclismo que

supusieron Einstein, Heisenberg o Bohor?, es obvio que la TGI de este final de siglo no puede ser idéntica a la de hace treinta años.

1.13. ¿Qué tiene que ver la oveja Dolly con la Facultad de CCII?

Nada, es la primera respuesta que se nos ocurre. Pero estudiantes de la Facultad la refutarían con pruebas más que sobradas, o al menos eso nos han asegurado.

La pregunta parece impertinente –no descartamos que lo sea–, pero más impertinente es la realidad, ante la cual la interrogación que encabeza este epígrafe se convierte en una flecha destinada a hacer diana en el blanco elegido.

Porque no ha sido hallazgo nuestro, sino de antiguos estudiantes, a los que luego hemos encontrado en distintas situaciones profesionales, que nos han advertido del panorama desolador que presentan algunas disciplinas de la Facultad: *hay asignaturas que son clónicas, como la oveja Dolly* –confesaron– y preferí no hacer el censo de las asignaturas a las que se referían aquellos ciudadanos con título bajo el brazo, diplomados en escepticismo y vacunados contra toda sorpresa que les pueda deparar la vida.

En esta misma revista puede leerse un artículo durísimo, que dice, entre otras cosas, lo que sigue:

ha llegado el momento de lanzarse a la conquista de nuevos conceptos, de visiones más amplias de la comunicación, y de dejar de lado el proceso de erudición degenerativa crónica o la especialización en cauces trillados. Con ello podremos aportar no solamente prestigio a estas universidades sino sobre todo utilidad real de los análisis para el estudiantado. (ALADRO, 1997)

Lanzado el guante de ese desafío, la profesora Aladro no vacila en ahondar en su denuncia:

encontramos una relación directa entre la falsa erudición, la ausencia de innovaciones en la investigación en Ciencias de la Información, y la capacidad de estas ciencias para comunicarse realmente con los futuros profesionales y servirles de utilidad en sus carreras, sin que ello signifique renunciar a servir también al mundo profesional en su apremiante mejora de miras. (Ibidem)

Planteado el problema, ofrece la solución: dejar de decir lo que decimos que sabemos, y ponernos a experimentar el fenómeno de la comunicación directamente, sin caer en los halagos cobardes, desembarazándonos tanto de las *perogrulladas pseudoprofesionales* como de las *teorizaciones erosionadas* que abundan en las distintas y cada vez más parecidas materias (Ibidem).

Nos congratula reconocer en los que vienen detrás –es decir, tienen menos años–, no tanto el halago gratuito o el botafumeiro siempre a punto para festejar, con razón o sin ella, las propuestas de los que somos mayores que ellos, sino una actitud rebelde, una independencia insobornable, y un espíritu crítico que nunca claudicará ante las dificultades que se le puedan presentar en su carrera académica.

Por último, y para cerrar este epígrafe, ¿qué tendrá que ver la oveja Dolly con la TGI? Puede que al imaginativo médico de la fábula se le ocurra improvisar una respuesta para salir airoso de tamaña pregunta.

Mientras tanto, no es poco aventurar una hipótesis: el origen de lo que algunos estudiantes llaman las asignaturas clónicas, ¿no estará en la innecesaria repetición del libro de Benito –modelos, escuelas, autores, precedente aristotélico, (BENITO 1982)–, que profesores de otras disciplinas han perpetrado, y en la innecesaria explicación, por parte de esos profesores, de contenidos que son propios de la TGI?

La versión de antiguos licenciados así parece confirmarlo.

1.14. Una investigación sobre los valores en la información de actualidad

Pero dicho lo dicho, es justo añadir, en este balance de urgencia, que sin aquellos *enunciados fundacionales* no existiría nuestra contribución a la TGI, porque sin aquellos esfuerzos intelectuales no hubiera sido posible una respuesta institucional.

Traducido al cristiano: si el profesor Benito no se hubiera empeñado en reivindicar la nueva disciplina y su autonomía respecto de otros saberes –por ejemplo, la Sociología–, no existirían en la España de hoy las Facultades de Ciencias de la Información.

Si ese esfuerzo no hubiera tenido consecuencias institucionales y académicas, no nos es difícil imaginar el escenario actual: la comunicación social se estudiaría en un capítulo de un libro de Sociología, y la comunicación política ocuparía dos capítulos de un libro de ciencia política, un par de seminarios monográficos, y, con suerte, una pregunta en el examen.

La imaginación de ese escenario nos hace ser agradecidos para los que han trabajado antes que nosotros, y han puesto los pilares sobre los que se produce nuestra obra.

Otra cosa es que la reivindicación de esa autonomía deba hacerse en los mismos términos en el momento actual, y nuestra respuesta es negativa: conquistada su autonomía, es el momento de no renunciar a una investigación, no ya interdisciplinar, sino intercientífica, que no es lo mismo.

Volviendo a los tres elementos a los que hacíamos referencia en el epígrafe anterior, nos parece que si el *primer elemento* quedó suficientemente investigado por Benito, la *democracia del siglo XXI* exige de nosotros un impulso renovado y una atención orientada hacia otras realidades, que también forman parte de la *actualidad*.

El segundo elemento exige impulsar la investigación sobre los valores en la información de actualidad. Una precisión nos parece obligada: no tanto los valores de la información de actualidad —ya lo ha hecho el profesor Benito, en síntesis afortunada—, sino exactamente lo que hemos escrito: *los valores en la información de actualidad*, que es un asunto distinto.

Lo hemos hecho en tres *approches* distintas (DEL REY MORATO, 1989; 1996; 1997), y volvemos a esta cuestión en libro que se publicará en 1998, razón por la cual aquí sólo queremos avanzar lo que sigue: *en la información de actualidad se produce y se actualiza la constelación de valores de la sociedad de la opulencia comunicacional*.

De esa constelación de valores sólo diremos aquí que *es dinámica, es conflictiva, impulsa la sociedad del pluralismo filosófico*, y es tan importante como la llamada *información de actualidad*, por una razón: si ésta nos dice lo que pasa, aquélla nos hace una valoración axiológica de lo que pasa en relación con los valores que nos son especialmente queridos, y que —nos guste o no, lo asumamos o juguemos a ignorarlo— están en una relación conflictiva, y a veces en una relación de restricción conjunta.

Vaya por delante que nuestras distintas *approches* a ese supuesto de estudio no se realizan tanto desde *enunciados prescriptivos* cuanto desde *enunciados descriptivos*: no escribimos desde el confortable universo platónico, no predicamos sobre el deber ser —eso queda para la Ética, y el profesor Francisco Vázquez tiene la palabra en esos asuntos—, sino que hablamos de lo que *es*, que, por cierto, no recuerda para nada al universo de valores existente antes del advenimiento de los modernos medios de comunicación social.

Porque si algo define y diferencia a nuestra época es precisamente la impresionante revolución tecnológica que se acusa en varios frentes, siendo uno de ellos el de la difusión masiva de mensajes a toda la sociedad, con todo tipo de recursos, que permiten alcanzar hasta el último rincón del territorio, en el que los ciudadanos pueden estar informados, con una sola condición, que no incluye entre sus cláusulas ni siquiera el acceso al alfabeto: que tengan un aparato de televisión o un modesto aparato de radio.

1.15. Una nueva teoría sobre el discurso político

Por último, el *tercer elemento* nos interpela y exige de nosotros una respuesta satisfactoria a una interrogación que podemos acuñar en los siguientes términos: *esto que dice tal o cual político, ¿qué es? ¿Cuál es su referente? ¿Cuál es su verdad? ¿Qué hay detrás de gran parte de la información de actualidad política?*

Parece evidente que a una pregunta múltiple, de varias dimensiones, debe corresponderle, más que un repertorio de respuestas aisladas, una definición de la situación que sea original, ambiciosa, omnicompreensiva: a eso los epistemólogos le llamamos *una teoría*.

Y una teoría es lo que ofrecemos para dar satisfacción adecuada a tamaña interrogación con el nombre de *teoría de los juegos de lenguaje*, o *teoría lúdica de la comunicación política*.

En ella abundamos en lo que para nosotros es un aspecto nuclear de la disciplina –nos referimos a la retórica–, en una propuesta creativa que recoge la herencia de Aristóteles y la nueva retórica perelmanniana, pero que no se queda en ellas, pues consigue lo que en el ámbito académico es un acontecimiento a festejar, porque no se produce todos los días: *una nueva teoría para abordar un campo fenomenológico complejo*.

1.16. Entre la agonística de la democracia y el lazo social

Como decimos en el *Post Scriptum* a "Los Juegos de los Políticos", recordamos que, hace casi treinta años, el profesor decía en clase que *los medios amplifican el diálogo social en la democracia*, pero decía también –citando a un politólogo norteamericano–, que los símbolos que intercambian los que detentan el poder no se parecen a los símbolos que ofrecen a los ciudadanos.

La contradicción me parecía evidente, pero entonces no estaba en condiciones de solucionarla. El tiempo me dio los recursos, y uno puso la paciencia y el estudio para dar respuesta satisfactoria a una antigua preocupación sobre el papel real –no el deseado– que cumple la información de actualidad política en la moderna democracia representativa.

El análisis de la actualidad política nos entregó un trofeo inesperado, pues buscábamos en ella la relación entre elites y demos –y, por supuesto, la encontramos–, y topamos con alguna otra cosa: un tipo de mensajes que, lejos de producir esa relación, sin la cual la democracia es impensable, lo que hacía era vertebrar un diálogo distinto.

¿Qué otro diálogo es ese, al servicio de qué relación, y protagonizado por qué actores? Primero lo primero, y luego todo lo demás: se trata de un diálogo entre las elites, está al servicio de ellas –y no del demos–, y lo protagonizan los políticos que están en el gobierno y en la oposición.

Si la primera relación –entre elites y demos– produce el lazo social, el vínculo necesario para la democracia, esta segunda relación produce alguna otra cosa, y está al servicio de ella: es la otra dimensión de la comunicación política, lo que llamamos *agonística de la democracia*.

1.17. Una visión dinámica de la Universidad y de las disciplinas

Si, después de investigar durante casi treinta años en un campo fenomenológico determinado, la disciplina sigue igual a sí misma, indemne, impermeable e indiferente a la aventura intelectual emprendida por uno o varios profesores, pensamos que no hay allí investigadores ni profesores, sino loros, aunque usen camisa y corbata.

Y la entrega sin condiciones a la investigación nos puede deparar la sorpresa a la que hacíamos referencia antes: no es improbable que la investigación en un campo fenomenológico exija la fundación de una nueva disciplina.

Ese escenario se produce en todos los ámbitos del pensamiento y de la investigación, sobre todo en los más dinámicos: la medicina general se abre a las distintas especialidades, y éstas se subdividen en especialidades menores conforme avanza el mapa de las enfermedades humanas, y otro tanto de lo mismo pasa en la física o en la biología.

También nosotros hemos tenido una experiencia parecida, y el esfuerzo intelectual ha merecido el reconocimiento del Ministerio de Educación y Ciencia: hablamos de la fundación de la disciplina *Comunicación Política*.

2. LA COMUNICACIÓN POLÍTICA, CRÓNICA DE UN PARRICIDIO ANUNCIADO

Supondremos que los fenómenos políticos no sólo tienen una realidad, la de la apariencia, sino que a través de esa apariencia las propias realidades políticas se manifiestan o se ocultan. ¿Y cuál puede ser entonces el fundamento real de las apariencias políticas?

Gustavo BUENO

Como los alquimistas / que buscaron la piedra filosofal en el azoque fugitivo / haré que las comunes palabras /-naipes marcados del tahir, moneda de la plebe-/ rindan la magia que fue suya / cuando Thor era el numen y el estrépito, / el trueno y la plegaria.

Jorge Luis BORGES

2.1. Un parricidio cargado de consecuencias

En la primera parte de este trabajo hemos hablado de parricidios en la ciencia, y el que escribe es uno de esos parricidas académicos: en 1974 inició un seminario de *Comunicación Política*, que en 1982 se convirtió en curso de doctorado, y en 1995 en asignatura de la carrera, de carácter cuatrimestral, optativa y de libre configuración.

2.2. Estrategia de aproximación al supuesto de estudio

Si la TGI supone, como su propio nombre indica, una teoría de carácter general sobre un amplio repertorio de supuestos, nosotros hemos pensado que un *parricidio* no nos estaba vedado, por una razón: ese *parricidio* estaba más que justificado.

No hubo en él alevosía, aunque sí abundante nocturnidad y premeditación más que sobrada: nocturnidad, porque muchas veces trabajábamos de noche, preparando lo que, con el tiempo, sería una nueva disciplina; premeditación, porque nos

dimos tiempo suficiente para evitar la improvisación, que –como quedó dicho– no es un fenómeno infrecuente en los diversos planes de estudio que ha *perpetrado* nuestra Facultad.

2.3. La tabla categorial de la comunicación política

No hay disciplina que pueda tomarse en serio si no dispone de una tabla categorial, y de un modelo que sirva como mediación entre el campo fenomenológico y el sujeto cognoscente.

Nosotros hemos propuesto una teoría, a la que hacíamos referencia en la primera parte del artículo, en un libro que tuvo una salida afortunada, y que, al revés que el *Mío Cid*, ganó batallas antes de nacer: lo quería más de una editorial –cosa que sorprendió al autor–, y cuando esta revista salga a la calle estará ya en los escaparates de Madrid, Barcelona, Buenos Aires, México y otras capitales de España y América.

Es la *teoría lúdica de la comunicación política*, o *teoría de los juegos de lenguaje de la comunicación política*, elaborada a partir de muchas experiencias electorales y la observación de campañas electorales y discursos políticos en España, Italia, Francia, Estados Unidos, Colombia, México y otros países, y enriquecida con múltiples lecturas, entre las que destacaríamos a Wittgenstein y von Neumann.

La teoría plantea un cuadro de categorías que son como *grandes matrices argumentales* que dan respuesta a la práctica totalidad de los discursos políticos en periodos electorales, y a buena parte de la actualidad política producida a partir de los discursos de los políticos, y generada durante toda la legislatura.

Se trata de una tabla categorial que, evidentemente, no arroja respuestas cerradas y finales sobre el campo fenomenológico de la comunicación política, pero que orienta con criterio y con suficiente capacidad de organización y previsión el supuesto de estudio –los mensajes emitidos por los políticos–, y da cuenta de la práctica totalidad de sus estrategias electorales.

TABLA CATEGORIAL DE LA COMUNICACIÓN POLÍTICA

<p>LOS JUEGOS DEL TERMOMETRO SOCIAL</p>	<p>El Juego del Oráculo El Juego del Envite El Juego de la Promesa Oportuna El Juego del Voto Útil El Juego de la Espiral del Silencio</p>
<p>LOS JUEGOS DE LA INGENIERÍA MÁGICA</p>	<p>El Juego de la Magia Conceptual El Juego de la Magia Asociativa El Juego de los Temas El Juego del Anuncio Publicitario</p>
<p>LOS JUEGOS DE LOS ESPACIOS POLÍTICOS</p>	<p>El Juego de la Izquierda El Juego de la Derecha El Juego del Centro</p>
<p>LOS JUEGOS DE LA DRAMATIZACION TEATRAL</p>	<p>El Juego de las Diferencias Notorias El Juego de la Creación del Adversario El Juego de la Crispación Calculada El Juego de la Catástrofe Inminente</p>
<p>LOS JUEGOS DEL ARCAISMO MEDIÁTICO</p>	<p>El Juego de la Simpatía Mediática El Juego de los Sentimientos El Juego del Humor</p>
<p>LOS JUEGOS DE DISFRACES</p>	<p>El Juego del Naufragio de los Valores El Juego del Travestismo de los Valores El Juego de los Intereses Generales</p>
<p>LOS JUEGOS DE LA PARADOJA O EL ROSTRO DE JARDÍN DE LA COMUNICACIÓN</p>	<p>El Juego de la Comunicación Borrosa El Juego de la Verdad con Fecha de Caducidad Incorporada</p>

En esta tabla categorial distinguimos distintas familias de juegos, que tienen un estatus diferente en el discurso político.

Hablamos de *juegos estructurales* –*oráculo, envite, promesa oportuna, voto útil y espiral del silencio*–, *juegos transversales* –*magia conceptual y asociativa, temas y anuncio publicitario*–, *juegos mediadores* –*izquierda, derecha y centro*–, y *juegos del comediante*, formados por 12 juegos agrupados en las cuatro familias restantes, a saber: *los juegos de la dramatización teatral, los juegos del arcaísmo mediático, los juegos de disfraces y los juegos de la paradoja*.

Se trata de una tipología que cualquier investigador interesado en el tema podrá contrastar, porque el autor no habla de un campo fenomenológico inefable, al que sólo él tiene acceso –como los místicos–, sino de una realidad accesible a todos: para contrastarla con observaciones nuevas basta con esperar a que se produzca la próxima campaña electoral, en España o en cualquier otro país.

La teoría lúdica de la comunicación política ofrece respuestas satisfactorias al problema de entender de qué hablamos cuando hablamos de comunicación política, menos con la pretensión de explicar toda la comunicación política que se produce en la democracia que con la ambición de poner orden donde reina confusión.

Si la política es el arte de conseguir que todos los gatos sean padros –según la sensata y divertida sentencia orteguiana–, nuestra teoría consigue devolver a cada gato su color, y llama a cada cosa con su nombre, que no es poco.

En esa propuesta conseguimos desvelar el modo en que los políticos, *con las comunes palabras, naipes marcados por el tahur, moneda de la plebe*, devuelven a la palabra la magia que fue suya, cuando Thor era el numen y el estrépito, el trueno y la plegaria.

3. LA UNIVERSIDAD, ANTE EL TRIBUNAL DE LA CRÍTICA

No nos molesta que la Universidad comparezca ante el tribunal de la crítica, y si el lector considera que alguna de las afirmaciones de este artículo son gratuitas está en su pleno derecho, porque el autor reconoce que no ha incluido las pruebas y los argumentos epistemológicos que le llevaron a acuñar este artículo en los términos elegidos, que no siempre son amables, entre otras cosas porque tampoco lo es la realidad a la que se refiere.

Pero incluir pruebas y argumentos hubiera supuesto un artículo de unas 250 páginas –140 en versión abreviada–, y al autor no le importa confesar lo inconfesable: el secretario de la revista ya tenía preparada la celada, la cuerda, la hora, el día, los ejecutores, los cómplices y la farola de la Avenida de la Complutense en la que pensaba colgar a este profesor.

Como justificación de sentencia tan radical como inapelable, alegaba, según creo, mi incumplimiento de los plazos establecidos, amén de la extensión inusitada de mi artículo.

Esto último ponía a la dirección de la revista en el trance de tener que dedicarle a mi artículo todo el número, sin lugar para otros articulistas, idea que hubiera contado con mi apoyo incondicional, pero que, como me temía, no prosperó.

Y como el riesgo de terminar mis días de manera tan abrupta como injusta merece ser conjurado –asunto en el que espero contar con la complicidad, la paciencia, el beneplácito y la comprensión del lector–, después de comunicar al director del Departamento mi grave situación, no vacilé en someter el artículo a la implacable guillotina que el ordenador ejecutó con disciplina de ejército argentino –es decir, con obediencia debida–, suprimiendo numerosas páginas de la redacción original.

Por lo demás, terminada la lectura de estas líneas, y si el lector ha seguido alguna de las pistas que le propone el autor, podrá considerar varias cosas:

- la primera, si la pesquisa aconsejada en la profusa y confusa bibliografía de la TGI culmina con el trofeo de numerosas lecturas científicas, o si, por el contrario, lo que encuentra es el magro resultado de unas pocas investigaciones que no desmerecen ese título;
- la segunda, si la TGI merece la consideración de ciencia, y, si es así, quiénes de los que trabajan en la TGI merecen el nombre de científicos, y en virtud de que contribución notable, en relación con la figuras que la epistemología reconoce como propiamente científicas;
- la tercera, si le parece que está ante una ciencia autónoma o ante una interciencia, en la que la conquista de la autonomía fue una etapa histórica imprescindible, pero que necesita de un impulso entendido en términos de *soberanía compartida* más que en términos de soberanía absoluta;
- la cuarta, si le parece que estas reflexiones pueden aplicarse a otras asignaturas de la carrera –de ésta o de otras carreras–, y si conoce muchos –o algunos– artículos de profesores, que, con honestidad, y a tumba abierta, hacen confesiones tan duras como las que ha leído en estas páginas.

A lo largo de esos años, el autor ha sacado adelante numerosos trabajos, alguno de los cuales entra sin violencia en una o varias de las categorías críticas planteadas en este libro, incluso –justo es reconocerlo, en aquellas que nos hubiera gustado evitar–, experiencia que le permite ahora escribir estas líneas.

No menos justo que lo anterior es reconocer que, en ocasiones, cuando los hados o el azar nos fueron propicios, conseguimos acuñar algunos enunciados –*definiciones, modelos categorías, teorías, hallazgo de problemas, hipótesis metafísicas, nuevas líneas de investigación*–, y protagonizar alguna iniciativa relevante –*la fundación de una nueva disciplina académica* siempre lo es–, que no desmerecen el nombre de la ciencia ni arrojan inútiles y estériles papeles entintados sobre la agobiada y superpoblada biblioteca de la Universidad.

4. LA UNIVERSIDAD Y LA POLÍTICA

Es bien conocido el argumento orteguiano sobre la misión de la Universidad, y desde los años ochenta lo hemos adoptado para encabezar nuestras clases y alguno de nuestros libros.

Nuestro filósofo entendía que la Universidad es *un poder frente a la Prensa, representando la serenidad frente al frenesí* (ORTEGA Y GASSET, 1982), y suponemos que no exageramos si asignamos esa misión de serena atalaya a nuestra Facultad.

Nosotros entendemos que

es misión principal de nuestra Facultad la que Ortega asignaba a la Universidad en general: intervenir en la actualidad, desde el tratamiento de los grandes temas del día, desde su punto de vista propio, cultural, profesional y científico.
(DEL REY MORATÓ, 1989)

Pero una cosa es que la Universidad se asome a la sociedad, y estudie lo que pasa en ella –lo que le pasa a ella– desde las distintas disciplinas que tienen algo que decir sobre el acontecer político, y otra es admitir que sea la política la que invada y contamine con su lógica peculiar la vida universitaria.

Esto nos trae a la memoria una conversación que tuvimos en 1977 en la ciudad de Puebla. Viajamos con una beca del entonces llamado *Instituto de Cultura Hispánica*, y visitamos varias universidades. En una de ellas –la más grande, la Universidad Nacional Autónoma de México–, conocí a un profesor que me invitó a conocer Puebla, y me habló de su futuro académico en estos términos, que apunté en un cuaderno esa misma noche, porque me parecieron dignos de una "antología de lo que no debe ser la Universidad":

- A mí me preocupaba la Universidad cuando tenía veinte años, y creía en los reyes magos, en los libros y en la meritocracia. Ahora tengo cuarenta. Por suerte, rectifiqué a tiempo: hace diez años que me afilié al PRI. Ya no me hable de investigar ni de publicar. Eso no renta.

Perdí de vista al profesor de marras, que no publicaba desde hacía años –hay que reconocer que el argumento "eso no renta" revelaba una considerable eficacia a la vez que una incierta vocación–, y no descarto que haya conseguido un alto cargo, en la Universidad o fuera de ella.

¿Tengo que decir que, veinticinco años después de aquella charla en una tasca de Puebla, a veces me acuerdo de él? ¿No tendría razón?

El investigador y el estudiante que crucen el umbral de nuestro despacho tienen derecho a saber nuestra decisión, porque si bien la conversación en México es real, y la

respuesta del mexicano es textual, nunca hemos tenido esa duda: se trata de un recurso literario, nada más, y, con razón o sin ella, nos seguirá pareciendo que una vida dedicada al estudio y a la investigación es una aventura no siempre grata, pero cargada de sentido.

En cualquier caso, siempre nos parecerá que *magister* es más que *minister*, y jamás se nos ocurrirá comparar en dignidad la búsqueda del poder y la búsqueda del saber, aunque éste siempre se nos resista.

5. SÍNTESIS Y CONCLUSIONES

1.- Preguntarse por el estatuto epistemológico de la TGI es tanto como preguntarse qué rango merece la Historia, la Sociología, la Psicología, las Ciencias Sociales o la Teología: una primera respuesta es que eso depende del epistemólogo que uno prefiera.

2.- Aparentemente frívola –insatisfactoria en el plano teórico– esa respuesta es correcta en un registro descriptivo: en efecto, es más que probable que el historiador pregone la científicidad de su discurso, que el sociólogo propague la científicidad del suyo, que el psicólogo abunde en argumentos parecidos, y que el teólogo asegure que los textos que estudia son, no sólo una ciencia, sino la ciencia mayor, por cuanto nos habla de Dios.

3.- Pensando en el último, se nos ocurre recordar la genialidad de José Arcadio Buendía, cuando decidió utilizar el laboratorio de daguerrotipia para obtener la prueba científica de la existencia de Dios: estaba seguro de sorprender a Dios –si existía–, haciendo su daguerrotipo, con exposiciones superpuestas tomadas en distintos lugares de la casa, y, si no lo encontraba, conseguiría al menos terminar de una vez por todas con la suposición de su existencia.

4.- Por otra parte, si al teólogo siempre podríamos recordarle el argumento de *Genius* –el deliberadamente oscuro y eónico Eugenio D'Ors–, según el cual la teología no es una ciencia de Dios, porque Dios puede muy bien no existir –y la teología seguiría existiendo, razón por la cual debemos afirmar que en todo caso estamos ante una *ciencia de textos*–, al teórico de la información y al especialista en comunicación política tenemos que advertirles que no se suban a la parra: cuando uno u otro esgrimen el nombre de la ciencia, que no sea como escudo para prestigiar sus escritos, sino para argumentar en qué sentido lo dicen, qué alcance tiene lo que dicen, y en qué lo fundamentan.

5.- Por otra parte, si el teórico de la información o el especialista en comunicación política hablan de ciencia, es de agradecer que esa ciencia no sea siempre una ciencia de textos –artículos y libros que hablan sobre lo que dicen otros artículos y libros sobre los medios de comunicación–, sino una ciencia –o cosa parecida– sobre el campo fenomenológico de marras.

6.- Los puntos anteriores no son gratuitos-, pues en la TGI, aunque tenemos lo que el profesor Bueno llamaría el *referente fiscalista*, no estamos en condiciones mucho mejores que José Arcadio Buendía: es cierto que hemos conseguido numerosos daguerrotipos de la comunicación –representados por el modelo, las categorías y las hipótesis y teorías generadas a su amparo–pero no parece que hayamos obtenido la fotografía plena, y a veces da la impresión de que todo lo que se consigue es una caricatura, una imagen proyectada en un espejo cóncavo o convexo, una doctrina ideológica, una *escolástica massmediática*, o un conjunto de textos que son menos una imagen inteligible que una aproximación destinada a una inevitable y próxima corrección.

7.- Dicho lo dicho, es momento de añadir lo que sigue: al que se inicia en el complejo mundo de la investigación de los medios, y lo hace asegurando que la TGI es una ciencia, habrá que preguntarle –como decíamos antes– por qué lo considera así, qué trabajos firmados por él pueden considerarse investigaciones científicas, y con arreglo a qué criterios epistemológicos pregona la científicidad de su discurso.

8.- El lector no debe quedar defraudado al llegar a esta línea, pues si lo que quiere conseguir es un conjunto de enunciados que le concedan la científicidad de una disciplina, es posible que no le falten textos para conseguir ese trofeo: encontrará, seguramente, textos que le aseguren que las relaciones públicas son una ciencia, y también el corte y confección, la astrología, la educomunicación, la eduincomunicación, la redacción de manifiestos oleaginosos o la elaboración de zapatos de señora.

9.- Nuestro criterio es que la TGI es una interciencia, que no puede aspirar al estatus de ciencia, como la física, porque –como la historia o las ciencias sociales–, trabaja sobre un campo fenomenológico hipolegislado.

10.- Si la gran empresa hermenéutica a la que se consagra la ciencia es la construcción de una imagen inteligible del mundo, la empresa hermenéutica de una interciencia como la TGI no puede ser otra que la elaboración de una imagen inteligible del campo fenomenológico de la actualidad política y –tratándose de una *teoría general*–, también de la comunicación social en general.

11.- En la TGI asignamos especial importancia a la elección de los problemas y a la actitud abierta del investigador, menos preocupado por asegurar la científicidad de su propuesta que en abrir nuevas líneas de investigación o nuevos enfoques para antiguos problemas.

12.- Consideramos que la acumulación de hechos –por impresionante que sea– no sustituye a la teoría, y que más eficaz y más útil que la acumulación de observaciones es una fórmula capaz de dar cuenta de los fenómenos observados y de los fenómenos no observados todavía.

13.- Consideramos que la teoría, secundada y flanqueada por párrafos que aseguran la indubitable y sagrada científicidad de la susodicha teoría, lejos de asegurar su

estatuto científico –algo así como su *sangre azul*, que la distanciaría de las teorías plebeyas, es decir, pseudocientíficas–, debe llevar a la sospecha de que hay allí mucho ruido y pocas nueces.

14.- Consideramos que la superpoblación de libros asegurando que la TGI es una ciencia no aseguran para nada que sea realmente una ciencia.

15.- Consideramos que hay que ponerse en guardia ante investigadores que aseguran saberlo todo, y que escriben en jergas o dialectos deliberadamente oscuros, porque no están en mejores condiciones que los jueces que condenaron a Sócrates: si éste sabía que no sabía nada, aquellos le impusieron la sentencia de su ignorancia, que aceptaron como criterio para conjurar el desorden que la sabiduría socrática podía representar para el *stablishment*.

16.- Consideramos que a la endogamia *bibliográfica*, típica de toda disciplina, hay que oponerle –como complemento, que no como sustituto– una estrategia exogámica, con el objetivo de aumentar el horizonte intelectual del investigador y su capacidad heurística para alcanzar nuevas perspectivas de análisis y nuevas hipótesis para orientar la investigación.

17.- Nos parece aconsejable hacer un *viaje de ida y vuelta entre especialidad y generalidad*, ahondando en la primera, sin perder de vista la totalidad de la disciplina, movimiento que se consigue con visitas periódicas a las grandes síntesis de Benito, Moragas, Saperas y Valbuena.

18.- El investigador no debería preocuparse tanto de la presunta científicidad de la disciplina que cultiva y de la investigación en la que está comprometido, aunque sí de la seriedad y de la profesionalidad de una y otra, por un motivo que exponemos en el párrafo siguiente: no sólo son valiosas las *hipótesis científicas*, pues –siguiendo el *criterio de demarcación popperiano*– también las *hipótesis metafísicas* tienen su lugar y su función en el desarrollo del pensamiento y del análisis del campo fenomenológico de la TGI.

19.- El investigador podría suspender por tiempo indeterminado la lectura de libros específicos sobre la disciplina, o sobre el supuesto de estudio que ella aborda, para dedicar su tiempo a leer obras de filosofía y epistemología.

20.- Si admite el consejo anterior, nos permitimos sugerirle algunos autores: Descartes, Popper, Kuhn, Quine, Feyerabend, Whitehead, Blanché, Verneaux, Russell, Bueno, Valbuena, Bunge, Poincaré y Thom, entre otros, para lo cual le bastará con ir a la bibliografía que aparece al final de este artículo.

21.- Después del tiempo dedicado a estas lecturas, el investigador podrá volver al ámbito de la TGI, seguir el consejo nº 18, es decir, hacer dos tipos de consultas: la primera es la de los autores generalistas, los hombres de las grandes síntesis; la segunda es la de los autores que han investigado en asuntos concretos, y que han

dejado alguna huella –aunque no sea perenne, como las hojas de algunas plantas– por el valor o el atractivo de sus propuestas intelectuales: McLuhan, Moles, Postman, Gitlin, Schramm, Lazarsfeld, Hovland, Lewin, Lasswell, Lippman, Sfez, McCombs, Bell, Mattelart, Martín Barbero, Wright, Merton, Cantril, Blumler, Gurevitch, Eco y tantos otros.

22.- A continuación, el investigador, o aprendiz de investigador –que, aunque no lo sepa, si ha llegado hasta aquí ya está en una etapa avanzada de su aprendizaje–, podrá someter a revisión todas o alguna de las teorías que encontró en las dos consultas bibliográficas anteriores, y decidir qué estatuto merece cada una de las teorías, y si vale la pena considerar a los autores leídos como científicos, o como miembros de alguna rara especie, cuya lectura, no obstante, vale la pena.

23.- La fundación de la asignatura *Comunicación Política* –consecuencia de una intensa investigación, al cabo de la cual hemos protagonizado un *parricidio académico*–, supuso un momento importante en el desarrollo y en el estatuto de los estudios sobre ese campo fenomenológico, y en la oferta que el Departamento de Periodismo III hace a la sociedad: los estudiantes tienen la oportunidad de hacer en él una especialización de posgrado en *Comunicación Política*, con cursos de doctorado que analizan todas las claves del discurso político.

24.- El análisis de la *Comunicación Política* ofrece una visión inédita de los valores de la democracia, que, además de ser lo que son –valores–, aparecen como recursos persuasivos, cuya presencia en el discurso político se pone de manifiesto desde la *teoría lúdica de la comunicación política*, o *teoría de los juegos de lenguaje de la comunicación política*.

25.- El modelo que planteamos pone en el primer plano de la atención las *dos dimensiones de la comunicación política en la democracia: la dimensión horizontal* –juegos de lenguaje, *agonística* de la democracia– y la *dimensión vertical* –los juegos de lenguaje que ejecutan tanto la *agonística* como el vínculo social.

26.- La disciplina *Comunicación Política* nos entrega una imagen inteligible del campo fenomenológico de la comunicación política, con investigaciones y enunciados de distinto linaje –descriptivos, prescriptivos, ideológicos, metafísicos o científicos– orientados al conocimiento de ese campo, y a la formación de ciudadanos con capacidad para comprender los mensajes de la ciudad de los políticos, y los límites y las posibilidades de la comunicación política en la democracia moderna.

27.- Por lo demás, son válidos para la CP todos los consejos referidos a la investigación en el ámbito de la TGI.

28.- Y nada como cerrar el artículo con un sabio consejo –aprendido después de cometer alguno de los errores que ahora criticamos–, y es que, además de usar las teclas del ordenador señaladas en el artículo, nos parece sensato que el investigador

no se dé prisa por publicar, porque de publicaciones insignificantes está llena la república de las letras.

29.- Y cuando publique, por favor, dos consejos pueden serle de gran utilidad:

- el primero, *no escribir en lenguaje hermético, presuntamente prestigioso*, porque numerosos libros y artículos redactados en esa jerga o dialecto son como biombos con agujeros: no consiguen ocultar que al otro lado del lenguaje se oculta la más penosa carencia de ideas;
- el segundo, *no usar el manoseado nombre de la ciencia para conseguir un prestigio que su propuesta, por sí sola, no tiene*.

El joven investigador puede estar seguro de que esos recursos –de los que esperamos huya, como de la peste–, no le servirán de coartada, pues con ellos no conseguirá blindarse ante la crítica de los que la ejercemos con lucidez, y para la cual utilizamos el mismo afilado cuchillo con el que otros ejecutan la impostura, el pasilleo, la repetición funcional de textos –a estudiantes que se aburren como ostras–, o perpetrar libros perfectamente prescindibles.

Si le parecen duras estas líneas tal vez encuentre alivio en esta confesión: de nosotros podrá esperar siempre la *crítica constructiva*, que conjure el riesgo de la investigación errática y le ponga a salvo de la epistemología de lo insignificante, y, como contrapartida, nunca le faltará la complicidad para el *elogio merecido*, el *apoyo para la obra bien hecha*, la medida o la desmesura en el *reconocimiento de su contribución a la vida universitaria*, y la *promoción incondicional y sin contrapartidas de su futuro académico*.

6. FIN DEL MANIFIESTO

Así debe ser la *Universidad del futuro*, la *Universidad del siglo XXI*, una institución que tiene que romper los altos muros que la separan de una sociedad que, si le entrega dinero y le confía a sus hijos, no puede ser a cambio de nada: la vigilancia de la calidad de la enseñanza, de la vocación universitaria de los profesores y del cumplimiento de sus obligaciones académicas –esas responsabilidades que han contraído para con los estudiantes, para con la sociedad española en su conjunto–, son sin duda, una de las asignaturas pendientes de la institución universitaria en este cambio de siglo.

Y esa Universidad que todos deseamos no será posible sin una clara e inequívoca defensa de los profesores que han dado un paso al frente, que modifican su programa todos los años, exigen al estudiante un esfuerzo notorio, y se encuentran algo desprotegidos ante un escenario penoso: *el deslizamiento hacia la ley del mínimo esfuerzo*, *la culturilla de los apuntes fotocopiados*, y en algunos casos, *la concesión del aprobado general* a cambio de un incierto trabajo y de asegurarse un curso académico sin problemas.

7. AVISO PARA INTERNAUTAS

Desde la llegada de Internet, el autor vive en una auténtica aula sin muros, en una universidad sin puertas, sin muros, sin horarios, que abarca el planeta, y que recuerda el inefable *aleph borgeano*, ese objeto secreto y conjetural, cuyo nombre usurpan los hombres, pero que ningún hombre ha mirado: el inconcebible universo (BORGES 1975).

El autor mantiene correspondencia electrónica con varias universidades hispanoamericanas –BRASIL, ARGENTINA, BOLIVIA, PERÚ, ECUADOR, MÉXICO–, con varios periódicos de la región –La Nación y Clarín (ARGENTINA), El Comercio, El Tiempo y Caretas (PERÚ), El Universal (VENEZUELA) y con la CNN (ATLANTA/USA).

El lector interesado en estos temas podrá contactar con el autor del artículo a través del *E-mail*, dirigiéndose a la dirección del autor.

El autor contesta a los *internautas* que le escriben desde todos los rincones del mundo en el plazo de una semana, siempre y cuando la demanda no le exija una profusa consulta bibliográfica, en cuyo caso podrá tomarse hasta dos semanas para elaborar la respuesta.

BIBLIOGRAFÍA

- ALADRO, Eva, "Las Ciencias de la Información. Entre la Innovación y la Erudición", Revista CIC, Departamento de Periodismo III, Facultad de CCII, Universidad Complutense, Madrid, 1998.
- ARISTÓTELES, *Retórica*. 1971. Madrid: Instituto de Estudios Políticos.
- BENITO, Argel, *Fundamentos de Teoría General de la Información*. 1982. Madrid: Ediciones Pirámide.
- BENITO, Ángel, *La Invención de la Actualidad*, Fondo de Cultura Económica, Madrid, 1995.
- BLANCHÉ, Robert, *L'Épistémologie*. 1973. Paris: Presses Universitaires de France.
- BORGES, Jorge Luis, *El Aleph*, Alianza Editorial, Madrid 1975.
- BORGES, Jorge Luis, *Obra Poética*, Alianza Editorial, Madrid, 1975.
- BORGES, Jorge Luis, *La Rosa Profunda*, Emecé Editores, Buenos Aires, 1975.
- BUENO, Gustavo, *¿Qué es la Ciencia? La respuesta de la teoría del cierre categorial*. Ciencia y Filosofía. 1995. Oviedo: Pentalfa Ediciones.
- BUNGE, Mario, *Epistemología*. 1981. Barcelona. Editorial Ariel.
- DEL REY MORATÓ, Javier, *Cultura y Mensaje*, Pablo del Río Editor, Madrid, 1976.
- DEL REY MORATÓ, Javier, *Tres Épocas en la Obra de Moles*. Análisis de, Editorial de la Universidad Complutense, Madrid, 1981.
- DEL REY MORATÓ, Javier, *Crítica de la Razón Periodística*, Editorial de la Universidad Complutense, Madrid, 1987.
- DEL REY MORATÓ, Javier, *Imagen de América Latina en la Prensa Española*, Facultad de CCII, Madrid, 1987.
- DEL REY MORATÓ, Javier (en colaboración con Jesús TIMOTEO ALVAREZ), *Facultad de Ciencias de la Información. Investigación y Docencia*, Facultad de CCII, Madrid, 1988.
- DEL REY MORATÓ, Javier, *Epistemología de la Información*, Editorial Fragua, Madrid, 1989.
- DEL REY MORATÓ, Javier, *Don Quijote y Maquiavelo en el País de los Medios*, Editorial fragua, Madrid, 1989.
- DEL REY MORATÓ, Javier, *Comunicación Política*, Editorial EUDEMA, Madrid, 1989.
- DEL REY MORATÓ, Javier, *Democracia y Posmodernidad*, Editorial Complutense, Madrid, 1996.
- DEL REY MORATÓ, Javier, *Los Juegos de los Políticos*, Editorial Tecnos, Madrid, 1997.
- DESCARTES, René, *Discurso del Método*. 1980. Buenos Aires: Aguilar Argentina.
- DESCARTES, René, *Reglas para la dirección de la mente*. 1983. Barcelona: Ediciones Orbis.
- ECO, Umberto, *El Nombre de la Rosa*, Editorial Lumen, Barcelona, 1985.
- EINSTEIN, Albert, GRÜNBAUM, Adolf, EDDINGTON, A. S., y otros, *La Teoría de la Relatividad*. 1984. Madrid: Alianza Editorial.
- FEYERABEND, Paul, *Adiós a la Razón*. 1984. Madrid: Editorial Tecnos.
- GEYMONAT, Ludovico, *Historia del Pensamiento Filosófico y Científico*, Tomos I, II y III, Editorial Ariel, Barcelona, 1985.
- HEISENBERG, Werner, *La Imagen de la Naturaleza en la Física Actual*. 1976. Barcelona: Editorial Ariel.
- HEISENBERG, Werner, *Encuentros y Conversaciones con Einstein y Otros Ensayos*. 1985. Madrid: Alianza Editorial.
- KUHN, Thomas S., "Las Historias de la Ciencia: Mundos diferentes para públicos distintos", en LAFUENTE, Antonio, y SALDAÑA, Juan J., (coordinadores), *Historia de las Ciencias*. 1987. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- MOLES, Abraham A., *La Création Scientifique*. 1957. Genève: Éditions René Kister.
- MORAGAS SPA, Miquel de, *Teorías de la Comunicación. Investigaciones sobre Medios en América y Europa*, Editorial Gustavo Gili, Barcelona, 1981.

- MORAGAS SPA, Miquel de, (ed.), *Sociología de la Comunicación de Masas*, Editorial Gustavo Gili, Barcelona, 1979. (Hay ediciones posteriores: la de 1982 y, la más completa, la de 1985).
- MORIN, Edgar, *Ciencia con Consciencia*. 1984. Barcelona: Anthropos, Editorial del Hombre.
- NAGEL, Ernest, *La Estructura de la Ciencia*, Editorial Paidós, Barcelona, 1981.
- ORTEGA Y GASSET, José, *¿Qué es Conocimiento?* 1984. Madrid: Revista de Occidente en Alianza Editorial.
- ORTEGA Y GASSET, José, *En Torno a Galileo*. 1965. Madrid: Editorial Espasa-Calpe, col. Austral.
- POINCARÉ, Henry, *El Valor de la Ciencia*. 1964. Madrid: Editorial Espasa-Calpe, Col. Austral.
- POPPER, Karl R., *Post Scriptum a La Lógica de la Investigación Científica*. Vol. 1. Realismo y el Objetivo de la Ciencia. 1985. Madrid. Editorial Tecnos.
- QUINE, Willard Van Orman, *Filosofía de la Lógica*. 1981. Madrid: Alianza Editorial.
- RUSSELL, Bertrand, *La Perspectiva Científica*. 1983. Barcelona: Editorial Ariel.
- VALBUENA DE LA FUENTE, Felicísimo, *Teoría General de la Información*. 1997. Madrid: Editorial Noesis.
- VERNEAX, Roger, *Epistemología General o Crítica del Conocimiento*. 1981. Barcelona: Editorial Herder.
- WHITEHEAD, Alfred North, *La Función de la Razón*. 1985. Madrid: Editorial Tecnos.